

Autor: Isabel Martins Considera- Práxis Lacaniana/Formação em Escola

Título: Para el hombre, el amor; para una mujer, el decir

Dispositivo: Plenario

Este título fue tomado de la clase 7 del *Seminario 21* de Jacques Lacan: “Le non dupes errent”. El párrafo entero es el siguiente: “Para el hombre, el amor marcha sin decir, porque le basta el goce del amor, pero para una mujer, el goce no marcha sin el decir de la verdad”.

Están situadas ahí diferentes problemáticas con relación al goce que, lógicamente, sólo interesan como argumento al ser hablante. Sólo un ser hablante, a partir de la hipótesis de que hay sujeto y, por lo tanto, hay inconsciente, se inscribirá del lado hombre o del lado mujer de la tabla lacaniana de las fórmulas cuánticas de la sexuación.

En esos lados, hombre y mujer, los seres hablantes, se inscriben independientemente de sus atributos sexuales, de su sexo anatómico, y esto sólo se articula a partir de que el sujeto haya enunciado que “no hay relación sexual”, que sólo puede ser interdicta.

“No hay relación sexual” hace entrar no sólo la dimensión de la verdad, que pone en juego el campo del decir y de lo dicho, como también la función de lo escrito en su relación con el lenguaje, lo que pone en juego una articulación entre la lógica como ciencia de lo real y el saber inconsciente. Se sitúa ahí un salto que distingue irremediablemente mentalidad de discursividad; el falo como órgano, del falo como *lapsus calami*; el saber, S2, como retorno de lo reprimido, y el saber S2, en tanto hace relación con lo radicalmente Otro, que sitúa la parte mujer del ser hablante en tanto Otro sexo que el propio. Se trata de hacer entrar la parte mujer de los seres hablantes, que pueden permanecer del lado hombre, manteniendo el rechazo a lo femenino.

Los conceptos de hombre y de mujer, de masculino y de femenino, que parecen, a primera vista, tan inequívocos, están entre los de más difícil definición. Si bien también pueden ser tomados en un sentido biológico y a veces sociológico, en lo que respecta al psicoanálisis cualquier diferencia entre los sexos está dada por el falo, en términos de serlo o de tenerlo, de fálico o castrado.

Por la vía del saber, S2, como lo que retorna de lo reprimido al sujeto por la vía de la significación fálica, queda situado que lo sexual esta dictado, determinado, por el hecho de que el deseo del hombre es el deseo del Otro, lo que quiere decir que estamos sujetos a sus efectos. Con todo, hay algo en el saber, S2, que va más allá de la secundariedad en relación con el S1 y que se refiere al S2 en tanto tiene relación con lo radicalmente Otro, en tanto representante de aquello con que una mujer tiene que ver, en lo que respecta al inconsciente.

La cuestión, en efecto, es saber en qué consiste el goce femenino en la medida en que él no está todo ocupado con el hombre, es más, no se ocupa con el hombre de modo alguno. La cuestión es saber si ese término del que ella goza, lo radicalmente Otro, sabe alguna cosa, pues ella también, tanto como el hombre, está sujeta a él.

El goce de la mujer no es universal, ya que la mujer es no-toda goce fálico, lo que lleva a Lacan a decir que LA mujer, toda, no existe, existe LA barrada mujer.

Es cierto que el goce del lado de la mujer no marcha sin el decir verdadero, un decir como acontecimiento, que Lacan define por el matema de la contingencia, que justo formula que no todo x f_x y que, por la función de lo escrito en su relación con el lenguaje, una escritura tiene que ver con lo real, al situar lo que cesa de no escribirse, un goce más con relación al goce fálico, si bien no sin él, pero un goce suplementario a él. No obstante, ese decir con relación a la verdad es imposible que sea dicho, que sea escrito, lo que, por la formulación de lo imposible da que no existe x que no f_x , situando lo que no cesa de no escribirse.

Si bien es cierto que con el fallo la histérica escribe en el cuerpo imaginario, que la histérica representa lo femenino a nivel del desarrollo del discurso de la neurosis, es cierto también que ella no es la mujer, ya que su deseo sostiene el deseo del hombre, manteniendo la homosexualidad en relación con el amor al padre y la castración en relación con el fallo como roca de la castración: envidia del pene para la mujer y temor a la pasividad para el hombre.

¿Cómo hacer entrar la heterosexualidad, que depende de que, del lado mujer, ésta, en tanto "a", va al lugar de causa del deseo?

Las mujeres son no-todas goce fálico, por estar no sólo con relación al decir como acontecimiento, sino también por estar en relación con la inexistencia y lo imposible y, por lo tanto, estar en relación con la dimensión de la verdad. Por esto, es por el

lado mujer del ser hablante que se introduce el inconsciente como misterio del cuerpo hablante, que dice al respecto de “hablo con mi cuerpo sin saber” lacaniano, en relación con lo cual, para no errar, sólo se puede ser incauto, pero no incauto de cualquier cosa. Freud no era incauto de cualquier cosa pero sí, incauto de lo real. Sin embargo, en Freud resta un problema: qué quiere la mujer, cuestión que Lacan hace equivaler a la dimensión de la verdad.

En torno de estas cuestiones de lo real del sexo, Freud - así como Lacan y todo aquel que se analice - hizo varias torsiones y construcciones. De inicio, Freud se dedicó a diferenciar entre el amor y el sexo en relación con el deseo, después, se deparó con el hecho de que eso no era suficiente, por causa de las cuestiones del goce y fue incansable en las torsiones que elaboró en torno del amor, del sexo, del deseo y del goce en relación con el falo en tanto significante de la falta en el Otro.

Es cierto que el amor viene para suplir la falta, pero sucede que puede ser confundido con el goce que, diferentemente del amor, pone en juego la relación perturbada que el ser hablante tiene con su cuerpo.

Por la vía del deseo tenemos que, si bien el deseo no es el goce, es un hecho que, si hay deseo, hay goce. Aunque sepamos que el deseo, en Freud, no es perverso, ya que es del orden de lo no realizado y del orden de la interpretación y, por eso mismo, es falta, por lo tanto, no es perverso, sabemos también todo lo que puede ir a ese lugar en términos de perversión.

Por el lado del goce verificamos la relación perturbada que el ser hablante tiene con su cuerpo; en ese sentido, lo que respecta al cuerpo termina en goce que escapa al sujeto, lo que sitúa, por un lado, no ser necesario saber que se sabe para gozar de un saber, aunque, por otro, sitúa que sobre el sexo no hay saber. Eso de que no es preciso saber que se sabe para gozar de un saber, da el amor del lado hombre, mientras que la mujer es el *sinthoma*, con h, del hombre.

Del lado hombre, por bastarle el goce del amor, se mantiene un orden que sólo quiere saber que las cosas marchen, anden en círculo, para no llegar a ningún lugar, como indica el amo, situado, en tanto significante, como agente y semblante en el discurso del amo, que sólo está interesado en eso, que el goce marche, dejando el goce del saber al esclavo. En contrapunto con esto, el discurso del analista es lo que viene a hacer obstáculo a esta marcha siempre adelante y en círculo, por entrar

por el lado mujer, por la barra que el significante hace en el LA de LA mujer y que sitúa que sobre el sexo no hay saber, no obstante no cese de no escribirse.

El goce de una mujer no coincide con el goce de LA mujer. El goce de las mujeres, una por una, va en el camino del goce real en la estructura, se dirige a "lalengua", o sea, al inconsciente en tanto misterio del cuerpo hablante que hace ranuras en lo real, en el sentido de que toca los bordes de lo real.

Se trata de que hay Uno, que resta, que es tomado como goce del Otro, en tanto cuerpo, goce que siempre es inadecuado. Se trata de una equivocación sexual como acontecimiento en la estructura, que necesita de la instrumentación del nudo borromiano, que es diferente de aquello que el falo instrumenta. Se trata de "lalengua" en la cual, para alguien que recibió una primera marca, una palabra es ambigua.

El nudo borromiano es una escritura que tiene que ver con la lógica como ciencia de lo real, un soporte para lo imposible, ya que éste sólo se demuestra a partir del nudo, soporte necesario para los seres hablantes partir de una inscripción del lado mujer, del lado derecho de las fórmulas cuánticas de la sexuación. El nudo borromiano es una escritura de lo real, que Lacan construyó para transmitirnos un espacio diferente de la geometría cartesiana y una estética diferente del espacio trascendental kantiano.

"Lalengua", a su vez, dice del inconsciente en tanto constitución del cuerpo del ser hablante, en el Otro, a partir de la hipótesis de la existencia del sujeto y, por lo tanto, de la existencia del inconsciente. En el ser hablante, la resonancia de la palabra, la fonética, es constitucional del saber inconsciente, ya la ortografía da los sentidos. "Lalengua" es el inconsciente en tanto cuerpo hablante. Se trata del *sinthoma*, con h, como un saber de "lalengua", del goce de un sujeto impregnado por el lenguaje. La problemática en cuestión consiste en plantear, en un análisis, el síntoma en este nivel, o sea, del *sinthoma* con h, una función de lo escrito que articule el saber inconsciente a la lógica como ciencia de lo real.

Lacan situó el *sinthoma* con relación a Joyce, el escritor, que creó un tipo de escritura que dice de su saber-hacer con "lalengua"; no se trata de un escritor que sea un caso de sublimación, de reorganización y acomodación de restos. El *sinthoma* de Joyce va más allá de la literatura y, por eso mismo, interesó tanto a

Lacan en su Seminario 23. Es en ese saber-hacer con “lalengua” que Joyce y un analizante se cruzan, aunque el saber-hacer de ambos con “lalengua” sea diferente. Mientras el saber-hacer de Joyce produce un artista, alguien en posición analizante, precisa producir al analista, como “a”, en el discurso del analista, poniendo en juego la causa del deseo.

El psicoanálisis no es un *sinthoma*, con h, es un síntoma, sin h; el analista sí es un *sinthoma*, con h, que ha de ser inventado una por una, por ser justo lo que una mujer pone en juego. Un analizante precisa llegar a hacer en su análisis *sinthoma*, para tener acceso a la conclusión en que está el decir de Freud e interrogar los seres de saber, semblantes de ser que vienen de los otros discursos, a partir del discurso del analista.

Para esto, sin embargo, es preciso inventar al analista, creer allí, en el a del discurso del analista, una mujer como *sinthoma*, como Otro sexo que el propio, un decir como acontecimiento en relación con la estructura, decir que está forcluido y que, en tanto imposible de decir y de escribirse, por no cesar de no escribirse, puede hacer que el saber inconsciente haga ranuras en los bordes de lo real, por la extracción del una por una que, en lo radicalmente Otro, o sea, en el Otro sexo, deja la marca de la falta.

Esto va a constituir, para los seres hablantes, la castración con relación a lo “hétero”, situando el lugar del deseo como heterosexual, justamente por no rechazar lo femenino, lo diferente, en tanto Otro sexo.